

El devenir de una ilusión. Las tensiones entre kirchnerismo y progresismo. Una lectura a partir de su incidencia en el escenario de la Ciudad de Buenos Aires.

El resultado de las elecciones en la Ciudad de Buenos Aires ha sido un hecho político profundamente significativo. En primer lugar, expresa el triunfo del macrismo por primera vez para un cargo ejecutivo en el distrito político que es considerado una vidriera nacional por sus implicancias. Por otra parte, implica la derrota del kirchnerismo en un ballottage que implicó la participación efectiva del presidente y la puesta en juego de parte de su capital político.

Desde otro punto de vista, en términos de la política de la ciudad, la elección prolonga y reconfigura un ciclo de crisis y recomposición del espacio del progresismo que gobernó la ciudad en los últimos años, dando paso a una fuerza nacida luego de la crisis del 2001, lo que supone un desafío para la interpretación política. Finalmente, la participación directa del presidente en la elección y la derrota sufrida por el candidato oficialista marca, además de las dificultades del kirchnerismo para trasladar el apoyo desde el presidente hacia el candidato en los distintos distritos, un desgaste en el dispositivo de enunciación kirchnerista que había sido exitoso para saldar la crisis de 2001 y recomponer la autoridad presidencial, incluso en el distrito.

Sin embargo, el presente trabajo se propone abordar explorar las tensiones y articulaciones entre el progresismo y kirchnerismo para arrojar luz sobre el modo en que se dio la dinámica de crisis y reconfiguración del escenario político en la Ciudad de Buenos Aires, pero a su vez para marcar los límites que tuvieron como prácticas políticas para dar respuesta a determinadas demandas que se configuraron en el escenario local y que finalmente fueron rearticuladas en el discurso machista durante la campaña a Jefe de Gobierno 2007. En efecto, el triunfo de Macri en capital fue posible porque logró articular una identidad política con rasgos novedosos que le permitió superar los límites que tenía en el distrito. Esto, a su vez, fue posible por la incapacidad del Frente para la Victoria de rearticular el espacio del progresismo, cuya crisis se había cristalizado en la destitución de Aníbal Ibarra. Finalmente, la derrota del FPV da indicios de un fuerte desgaste del dispositivo de enunciación kirchnerista y supone una reformulación de algunos de sus aspectos hacia la elección de octubre.

Supuestos y contexto

La evolución de las democracias latinoamericanas, con sus continuidades y rupturas, plantea desafíos para la interpretación política. La consolidación de los recursos democráticos básicos y la legitimidad excluyente de los actos electorales han tenido como correlato radicales transformaciones sociales, económicas y políticas en la década de los '90. El modelo neoliberal implicó un conjunto de “reformas estructurales” en la esfera del estado y del mercado dirigidas a la obtención de rentabilidades extraordinarias por parte de las fracciones más concentradas del capital nacional y transnacional. En el plano social, fenómenos como la pobreza y la marginalidad, la redistribución regresiva del ingreso y el elevado desempleo, fueron los hechos más relevantes, que se naturalizaron y se construyeron bajo el lenguaje economicista, desplazando las tradiciones históricas, sociales y políticas.

Sin duda, las recurrentes crisis de representación e inestabilidad por un lado y restricciones por parte de la economía mundial sobre la política fueron condiciones de posibilidad de la implementación de este modelo. Sin embargo, desde una perspectiva del análisis del discurso político nos interesa señalar la dimensión ideológica que permitió la legitimación de estas transformaciones, que implicó una determinada concepción de la política y de la democracia, de la cual eran portadores los principales actores políticos. En este sentido, el discurso político neoliberal que se instaló durante la década de los '90 presentaba una serie de articulaciones que suponían una concepción de la política como una esfera altamente disfuncional con respecto al modelo que se pretendía implantar. Desde el punto de vista ideológico, estos procesos tienen una matriz común y una determinada concepción de la democracia, que parte de caracterizar a la propia política el carácter de obstáculo para la gobernabilidad y la modernización, objetivos sólo alcanzables bajo los designios de una gestión técnica y eficiente propia de una racionalidad económica (Heredia, 2004; Strasser, 2001; Borón 2004). Al “pensamiento único” le correspondía una política única y una evolución hacia una concepción liberal de la democracia como un sistema en el cual las distintas fuerzas en competencia aceptaban un marco de pluralismo y diversidad que quitaba a la lucha política toda posibilidad excluyente y antagónica y toda referencia al cambio social. La aspiración explícita era hacer previsible la política y para ello se buscaba una regulación de la vida social que podría calificarse de antipolítica.

Como contrapartida, en los últimos años hemos asistido a un giro político en la región, en algunos casos hacia el reformismo y en otros con pretensiones refundacionales, que responde al agotamiento del modelo neoliberal y a la emergencia de movimientos que pretenden articular las distintas resistencias sociales que se fueron desarrollando en los '90. En línea con el campo de estudios del discurso político, puede afirmarse que la política recuperó el centro de la escena, subvirtiendo los términos de subordinación frente al discurso económico. A partir de sus especificidades, las experiencias de estos nuevos gobiernos ilustran cómo la restitución de las capacidades estatales fue acompañada por la reinstalación de la retórica política y la recuperación de ciertas culturas políticas locales: la cuestión indígena en el discurso de Evo Morales, la resignificación del peronismo en Kirchner y la tradición bolivariana en Venezuela son algunos ejemplos. Cada una de estas especificidades comparte con las demás un uso recurrente de la decisión política como acto instituyente de sentido, sustrayendo así al discurso político de la mera discusión tecnocrática, incorporando la dimensión conflictiva, y ampliando el concepto de democracia para darle contenidos sociales y políticos sustantivos.

En nuestro país, las estrategias de construcción de articulaciones políticas luego de la crisis de representación de 2001, se realizan en condiciones de desestructuración de los esquemas clásicos de representación: los partidos ya no son lo que era, las identidades tradicionales han perdido su estabilidad y la ciudadanía ha mostrado creciente autonomía en lo que hace a sus preferencias electorales (volatilidad y fluctuación) como en el modo de construcción de sus demandas, siendo una de los ejemplos más significativos los denominados “estallidos” (Cheresky: 2004). Así, los reagrupamientos post 2002 adoptan la forma de “polos” políticos, que pueden caracterizarse esquemáticamente a partir de la combinación de tres elementos. En primer lugar, la necesidad de apelar o construir figuras con alta popularidad capaces de desplegar liderazgos más o menos personalistas, en función de las cuales se articulan: la necesidad de construir un perfil programático/ideológico capaz de establecer una diferenciación políticamente eficaz para disputar el electorado volátil y suscitar el apoyo de la opinión pública luego de las elecciones; y la capacidad para rearticular las estructuras organizativas crecientemente autónomas producto de los procesos de territorialización y cartelización y de la propia crisis de representación.

Estos modos de recomposición política tras la crisis de 2001¹ combinan aspectos de continuidad y aspectos de ruptura respecto de las formas tradicionales de organización, producto de que la crisis y la respuesta kirchnerista produjeron un antes y un después al que inevitablemente refieren los tres ejes planteados. En relación a los “liderazgos de popularidad” o “liderazgos de audiencia”², su existencia se explica a partir de procesos de largo aliento, que suelen englobarse bajo el concepto de metamorfosis de la representación, que si bien es un fenómeno analíticamente distinguible y anterior a la crisis de representación, se vincula como ella al configurar un terreno especialmente fértil para las crisis, como veremos más adelante.

Su contrapartida, la desagregación de los partidos y las organizaciones políticas en general, es un proceso que suele vincularse más explícitamente con la crisis de 2001 –en especial si se considera la situación de la UCR- pero sus orígenes pueden rastrearse en los procesos de territorialización y metamorfosis clientelística que asumen desde por lo menos mediados de los '80. Finalmente, entendemos que la reinterpretación y la “puesta en sentido” de la crisis de representación y el estallido social de 2001 que realiza Kirchner desde el gobierno funciona como marco de referencia para cualquier intento de delimitación y construcción política que pretenda ser políticamente eficaz.

¹ A grandes rasgos, puede afirmarse que, en referencia a la crisis de representación que estallara en 2001, se ha revertido en parte uno de los aspectos del doble fenómeno de desinstitucionalización y deslegitimación, con el que la define Hugo Quiroga. Efectivamente, pareciera que, de la mano de la reconstrucción de la autoridad presidencial, de las funciones básicas del estado y de una estabilización económica (aunque persistan inaceptables desigualdades sociales), existe una relativa, acotada y precaria relegitimación de la política como actividad capaz de dar respuestas a los problemas de lo público y conectarla con los asuntos humanos (Quiroga: 2005, 335). No puede decirse lo mismo respecto del problema de la institucionalidad, que supone, entre otras cosas pero fundamentalmente, la capacidad de constituir las demandas sociales en intereses y voluntades colectivas capaces de ser canalizadas. En suma, la tarea que la ciencia política tradicionalmente les ha atribuido a los partidos políticos y al arte de la representación.

² Muchos autores han trabajado las mutaciones de la política desde el declive del Estado de bienestar y el fin del mundo bipolar. Entre ellos, Bernard Manin, ha profundizado en el proceso de la metamorfosis del vínculo representativo. La fluctuación del voto, la personalización de la competencia política, se atribuyen al ocaso de un modelo de democracia sustentado en firmes identidades partidarias – la llamada “democracia de partidos”- con programas y estructuras militantes. Pareciera surgir, en su lugar, una “democracia de audiencia” en la que las antiguas identidades se fragmentan, permitiendo que una ciudadanía más autónoma se alinee detrás de líderes de popularidad capaces de instaurar por sí mismos los clivajes políticos relevantes y de ganar adherentes a partir de la elaboración de una imagen en el marco de la política mediática (Manin, 1993, 1998).

Configuración y crisis del progresismo

Termino ambiguo e indefinible, como toda identidad política, el progresismo se gestó, en nuestro país, como una rearticulación política frente a la hegemonía neoliberal encarnada por el menemismo en los '90. Más allá de la diversidad de prácticas que pueden asociarse con el progresismo en nuestro país, proponemos identificar tres rasgos esenciales en una caracterización de la matriz del discurso progresista: 1) su desvinculación de la conflictividad social y su defensa de la neutralidad del estado; 2) su carácter defensivo e incapacidad para plantear una alternativa política al “modelo neoliberal” y 3) su tendencia a configurar su intervención política en términos de denuncias morales.

En relación a los límites que supone el progresismo como dispositivo político, Sebastián Etchemendy ha sostenido que el fracaso de la Alianza constituye la demostración de la imposibilidad de construir una alternativa progresista en la Argentina que no incluya segmentos significativos de la militancia y grupos políticos asociados a la tradición peronista (Etchemendy: 2006).

Por nuestra parte, coincidimos en que, la formación de la Alianza en un contexto de ofensiva del populismo neoliberal de la mano de los sectores que habían logrado hegemonizar el PJ, parecía constatar la histórica sospecha que tuvieron, desde 1945, algunos grupos de izquierda y centroizquierda sobre el emparentamiento entre el peronismo y la derecha. A todas luces, como sostiene Etchemendy, la capacidad que tuvo Menem para construir un espacio político capaz de instrumentar uno de los programas de reforma neoliberal más profundos de Latinoamérica con el apoyo de los más brillantes jóvenes de la renovación peronista convertidos al credo neoliberal, de miembros de la cúpula montonera y de los dirigentes sindicales, eran fuertes argumentos para sostener esta simplificación. Así, incluso los grupos de peronistas progresistas que conformaron el Frente Grande y luego el FREPASO, se acercaron al radicalismo renegando de su propio origen peronista y relegando toda articulación con sectores populares territoriales o sindicales afines a esa tradición, a la vez que enfatizaban la necesidad de “desperonizarse” para conformar una fuerza política moderna y democrática capaz de vencer al menemismo.

Sin embargo, nos permitimos aquí hacer una observación crítica al planteo de Etchemendy que creemos tendrá fuertes implicancias para la comprensión del kirchnerismo y su relación con el progresismo. El fracaso de la Alianza en construir una alternativa frente al neoliberalismo no debe buscarse tanto en la imposibilidad de

construir una alternativa al menemismo que no contara con un segmento de la militancia peronista (ya que de hecho existían grandes segmentos de la misma al interior de la Alianza y en el propio sostén del menemismo) sino en la incapacidad del discurso progresista de la Alianza de incorporar lo que Aboy Carlés (2001) ha denominado la dimensión nacional-popular del discurso peronista³ –asociada al conflicto- en detrimento de su dimensión nacional-estatal o de orden.

En este sentido, el discurso progresista de la Alianza continúa y reproduce uno de los rasgos fundamentales del menemismo y de la concepción neoliberal de la política: la desarticulación del antagonismo social propio del discurso peronista y, por ende, la desaparición del adversario social que posibilite la identificación de actores responsables por las consecuencias sociales regresivas de las políticas económicas desarrolladas durante los '90.

Así planteado, este primer aspecto del discurso progresista se relaciona directamente con el segundo al que hacíamos mención: la eliminación del conflicto social en el imaginario progresista es coherente con una estrategia cuya articulación política no se plantea ir más allá de la “ciudadanía” –individuos que a lo sumo adhieren a algún partido - en su apelación. Inversamente, cualquier proyecto de transformación capaz de incluir a los sectores sociales excluidos por la frontera del discurso menemista suponía la capacidad de articular las demandas de las organizaciones que vehiculizaban el conflicto social en aquella etapa para poder incidir en la modificación de la correlación de fuerzas en el escenario nacional y en todo caso para sostener al proyecto una vez en el poder. En definitiva, fue la primacía del enfoque (neo) liberal sobre la organización popular en el imaginario progresista la que le imprimió su carácter defensivo, su visión neutral sobre el papel del estado, la desvinculación de la conflictividad social y su incapacidad para vertebrar un proyecto alternativo, rasgos de los cuales el antiperonismo es subsidiario.

Así planteadas las cosas, resulta fácil comprender la tercera característica del discurso progresista. El progresismo construyó su delimitación política a partir de la denuncia del menemismo en términos morales, lo que le permitió construir un argumento capaz de aglutinar las demandas de transformación del modelo económico y las demandas de “prolijidad” en el manejo institucional. La corrupción, en tanto atributo personal de Menem y su equipo, era la causa tanto del déficit institucional –porque no permitía su

³ Rasgo que, según Aboy Carlés, también está presente en la tradición discursiva del yrigoyenismo y que constituye una de las dimensiones del discurso populista.

funcionamiento acorde a la Constitución- como del déficit social –porque era la causa de las “fallas” del modelo y redundaba en la exclusión y la marginación – de la democracia en nuestro país. La erradicación de la corrupción aparecía así como la condición de posibilidad de una versión prolija del modelo que evitara la exclusión social.

Huelga insistir sobre los detalles del fracaso de la gestión de la Alianza en su esfuerzo por sostener el modelo económico basado en la convertibilidad y los escándalos de corrupción que la arrastraron a su final violento. En todo caso, debe destacarse que los tres rasgos que marcamos como constitutivos del discurso progresista de la Alianza fueron un límite que impidió la articulación en su seno de un bloque que intentara una salida no regresiva de la crisis, aún bastante después de la caída de su gobierno. Finalmente, los progresistas de la Alianza fueron alcanzados por el propio discurso progresista y quedaron presos del mote de corruptos junto al conjunto de “los políticos”, que fueron rechazados por el descontento social. En este sentido, podemos aventurar la afirmación polémica de que el “que se vayan todos” puede ser considerado una deriva propia de las contradicciones del dispositivo progresista gestado en los '90, una vez legitimado como garantía para mantener la *honestidad* de los funcionarios el carácter *neutral* de la acción del estado como garantía frente a la corrupción de los gobernantes.

La rearticulación de la política en el discurso duhaldista-kirchnerista

Una breve caracterización del discurso kirchnerista es necesaria para establecer las tensiones y articulaciones con la matriz progresista que acabamos de describir.

La mayor virtud de Kirchner fue leer con inteligencia las transformaciones acaecidas en la política argentina contemporánea, la naturaleza de la crisis política, económica y social que vivía el país, los recursos organizativos, simbólicos y discursivos con que contaba y actuar en consecuencia para relegitimar la autoridad presidencial. Extraña alquimia entre fortuna y virtud, el presidente inauguró un 25 de mayo un gobierno con un fuerte estilo personalista y osado que sorprendió y cautivó con rapidez a la mayoría de la opinión pública – al respecto, afirma acertadamente Quiroga, “*tan pronto como pudo recuperar con un lenguaje simple viejas imágenes cargadas de demandas y aspiraciones postergadas*” (Quiroga: 2005, 347)- y realizar algunas medidas impensadas, de fuerte contenido simbólico y político reivindicativo contra sectores tradicionalmente representativos de los sectores más conservadores.

Ahora bien, el discurso kirchnerista constituye un ensayo refundacional en base a la profundización y la introducción de elementos novedosos en la matriz del discurso duhaldista de salida de la crisis. En efecto, frente a la crisis de representación así planteada, fue Duhalde quien reintrodujo la dimensión nacional-popular del discurso peronista para construir una alteridad constituida por un *modelo* económico – *especulativo, financiero, rentístico, usurero*- sostenido en el pasado inmediato por una alianza entre el sector político y ciertos actores sociales específicos –*economistas, financistas, banqueros*-; *modelo* que era responsable no sólo de la coyuntura crítica de 2001, sino también de sus consecuencias dramáticas para la población argentina: exclusión, empobrecimiento, desempleo, desindustrialización, recesión, entre otros efectos regresivos más (Slipak:2005).

Justo es reconocer, que desde un punto de vista programático, el discurso kirchnerista retoma varias de las demandas del progresismo, pero la reintroducción de la dimensión nacional-popular constituye un punto de inflexión. En términos estrictos, esta reintroducción de la dimensión nacional-popular ya estaba presente en el discurso duhaldista y sentó las bases para la legitimación social de un conjunto de medidas drásticas que pusieron fin al modelo de acumulación financiera (devaluación asimétrica, default, entre otras) y para la construcción de un polo de antagonismo social (identificado por las instituciones financieras) frente al cual comenzó a vislumbrarse la posibilidad de construir una articulación de fuerzas sociales que sostuvieran un nuevo modelo.

Con suma claridad, Slipak explica cómo Duhalde supo construir un discurso no exento de tensiones que, a la vez que pretendía invocar como fuente de legitimidad la denuncia de “la política” y “los políticos”, reintroducía la dimensión instituyente de “lo político” para generar consenso sobre las medidas del estado que le permitieran operar sobre el antagonismo social y rearticular la propia configuración de la relación estado-mercado-sociedad.

Ahora bien, la reintroducción del antagonismo social para configurar un proyecto alternativo al modelo neoliberal operada por el duhaldismo adquirirá carácter refundacional en el discurso kirchnerista a partir de la introducción de un segundo momento: la delimitación de una fuerte frontera con respecto a un pasado inmediato, la década del `90, signado por la implementación de un conjunto de políticas económicas de cuño *neoliberal* –y, en este sentido, antinacionales, especulativas y cortoplacistas- que generaron una serie de consecuencias inaceptables para la sociedad, la economía, el

Estado y la política –desindustrialización, debilitamiento estatal, fragmentación social, entre otras-. A su vez, este pasado inmediato de los '90, encuentra su continuidad desde un pasado anterior, el de la dictadura del '76⁴. Este último aspecto del discurso kirchnerista –su “setentismo”- lo ubica al mismo tiempo adentro y afuera del período democrático iniciado en 1983, posibilitándole a la vez articular los rasgos clásicos del discurso alfonsinista (la vigencia de los derechos humanos, la reivindicación de la vigencia de la constitución, etc), denunciando su incumplimiento desde el inicio de la democracia⁵.

Transversalidad fue el nombre de la estrategia política de acumulación⁶ que acompañó a la recomposición de la autoridad presidencial sobre la base de los inusitados niveles de popularidad que su figura concitó. Sin articularse sobre clivajes e identidades preestablecidas y fragmentadas, Kirchner se calzó el traje de “líder de opinión” y supo establecer vínculo directo con una opinión pública fluctuante y desagregada, a partir de la instalación de determinados temas puntuales mediante los cuales logró reconfigurar la agenda política y ofrecer un marco de inteligibilidad para que la sociedad pudiera significarse su crisis. Un liderazgo que fue capaz, asimismo, de contrabalancear y afirmarse sobre unas instituciones y partidos políticos deslegitimados. A riesgo de caer en simplificaciones, y lejos de la exaltación acrítica, podríamos decir que el estilo decisionista democrático tiene la virtud de recordar que el movimiento se demuestra andando. Efectivamente, la representación no se proclama, sino que se construye en su ejercicio, para bien o para mal; al respecto, Emilio de Ipola ha acuñado la brillante frase “*Kirchner es un presidente que ha decidido decidir*”.

El tercer elemento a destacar del discurso kirchnerista, y que se deduce de su carácter decisionista es la estrategia de construcción de un sentido específico a las jornadas de diciembre de 2001 para legitimar el proyecto político que pretendía poner en marcha.

⁴ Slipak subraya, a la vez, que en el discurso kirchnerista las raíces del paradigma de política consolidado durante la década del '90 pueden rastrearse en el modelo implantado a mediados de los '70: “Vivimos el final de un ciclo, estamos poniendo fin a un ciclo que iniciado en 1976 hizo explosión arrastrándonos al subsuelo en el 2001” (Palabras de Kirchner en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, 02/09/03).

⁵ En este sentido, el discurso kirchnerista parasita y plantea una resignificación del discurso sobre la transición democrática articulado por el alfonsinismo.

⁶ El proyecto de “transversalidad” tuvo éxitos y fracasos –quizás el más resonante de estos últimos, pero cuyas razones excedan a los problemas propios de la transversalidad, sea el de Ibarra en la ciudad de Buenos Aires- pero su lógica no es nueva, sino que operó bajo la conocida estrategia de la “ambulancia”⁶ que utiliza Levistky para describir cómo Menem reclutó los “heridos” por la renovación peronista en los '80 para disputarle el poder y luego de vencerla, pactar con ella. En este caso, se trata de personalidades de centroizquierda, centralmente aquellos disidentes peronistas que habían fundado el FREPASO, muchos de los cuales habían participado de la experiencia de la ALIANZA.

Sobre las múltiples significaciones circulaban durante dichos acontecimientos, Kirchner asume –y fabrica- para la ciudadanía una demanda particular: la denuncia del modelo neoliberal de los '90 y la necesidad de construir una alternativa capaz de regenerar el lazo social. Obviaba, de este modo, que amplios sectores de la sociedad no sólo no habían sufrido bajo el paradigma de política desarrollado en las últimas décadas, sino que incluso, recurrentemente, lo habían defendido (Slipak:2005)

La efímera articulación entre kirchnerismo y progresismo

La Ciudad de Buenos Aires fue el escenario donde se intentó y logró articular la matriz progresista y el discurso kirchnerista. Dicha experiencia tomó cuerpo en el segundo mandato de Aníbal Ibarra y fue una de las claves de su triunfo en el ballottage de 2003 frente a Macri. Sin embargo, las tensiones entre progresismo y kirchnerismo aflorarían luego de la destitución de Ibarra, habilitando la disputa de ciertos elementos del discurso progresista por parte del ARI y PRO.

Recordemos que en 2003, frente a un escenario de gran fragmentación política e incertidumbre, Aníbal Ibarra, Jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires y uno de los principales exponentes del progresismo, había salido indemne de la crisis de representación que había tenido a la ciudad como epicentro. En el marco de la campaña a jefe de gobierno de 2003, Ibarra supo dar cuenta de algunos rasgos del discurso kirchnerista que lo acercaban a la matriz progresista. Se trataba, sobre todo, de aquellos vinculados al plano jurídico-cultural y más cercanos a la tradición liberal-democrática, como la necesidad del cambio en la Corte Suprema, la revalorización de la cuestión de los derechos humanos y el apoyo a la persecución de los crímenes de la dictadura, sumados al rechazo de la cultura de la mano dura. Estos motivos del discurso kirchnerista fueron resignificados por Ibarra en ocasión de su confrontación con Macri, superponiendo a la construcción de la frontera kirchnerista con el pasado demonizado de los '90, la frontera progresista de *la corrupción*, imputada a toda una década y en especial a Macri, como uno de los beneficiados.

En este punto, cabe destacar una sutil observación que realiza Mauro (2005) y que será crucial para establecer la forma en que la matriz del progresismo tomó cuerpo en la ciudad de Buenos Aires a partir de 2003 y que posibilitaría, paradójicamente, en 2007, su parasitación por parte del macrismo (reformulado en PRO) y la incapacidad del kirchnerismo para penetrarla. En el discurso ibarrista, la denuncia sobre la corrupción de

los '90 se centraba en la utilización para fines particulares de los bienes públicos, mientras que la gestión progresista era identificada con la protección de un espacio neutral, ajeno a la lucha política, frente a la amenaza de apropiación por parte del macrismo. En este sentido, el discurso de Ibarra continúa con la matriz progresista forjada en los '90 y desaloja el conflicto social, configurando una tensión potencial con el discurso kirchnerista que sólo se vería activada por el propio Kirchner, sin éxito, en el ballottage de 2007. Así, en 2003, el ibarrismo se erige como el defensor del espacio público de “todos” frente al intento de apropiación por parte de “algunos”; pero en 2007 será el macrismo quien se constituya en el defensor de la neutralidad del espacio público de “todos”... frente a la amenaza que constituye el aspecto nacional-popular (conflictivo y antagonico) del discurso kirchnerista en la segunda vuelta.

El desarrollo de la dinámica política implicó la agudización de las tensiones entre el kirchnerismo y el progresismo encarnado en Ibarra. La cambiante dinámica del escenario porteño y la creciente tensión al interior del ibarrismo - que había logrado articular en un mismo espacio al ARI, al Frente para la Victoria y al Partido Socialista - por efecto de la lógica nacional, determinaron el debilitamiento del espacio del Jefe de Gobierno en la Legislatura, que llegó a contar con sólo un legislador propio. Este marco de extrema debilidad institucional fue el escenario donde tuvo que dirimirse el destino del Jefe de Gobierno luego de la tragedia del local bailable de República Cromañón, donde murieron 194 jóvenes (Mauro y Montero:2006).

Más allá de los detalles del proceso de destitución, que fueron abordados en otros estudios⁷, la tragedia fue rápidamente asimilada por el discurso macrista para dinamitar las bases de legitimidad del progresismo de Ibarra: la gestión estatal no sólo era ineficiente (elemento presente en el discurso macrista de 2003) sino también corrupta, lo que constituía una contradicción con la pretendida neutralidad de la gestión progresista y una oportunidad para articular y ampliar la demanda de seguridad del macrismo -hasta entonces circunscripta a los temas de delincuencia- hacia la necesidad de recuperar el rol de protección del estado frente a todos los ciudadanos a través de los controles y la regulación. Estos dos elementos, serían cruciales en la construcción del discurso electoral de PRO que catapultaría a la victoria a Macri en 2007.

Tras la crisis del ibarrismo, el kirchnerismo porteño intentó asimilar la matriz progresista en su campaña electoral de 2005, construyendo una lista de diputados

⁷ Al respecto, consultar Mauro y Montero (2006)

nacionales vinculados a ese perfil político para reeditar el dispositivo que le había dado la victoria a Ibarra en 2003. Sin embargo, la lógica de la elección legislativa no favoreció la polarización y además, tras dos años de gobierno, el dispositivo kirchnerista había perdido eficacia frente al discurso del ARI y el PRO, que pretendían disputar a su vez parte del electorado progresista. Así es como Carrió y Macri, a la vez que le reconocen ciertos logros al kirchnerismo, denuncian las tensiones entre la matriz progresista y el discurso kirchnerista en su carácter de “falso progresismo” y les contraponen su versión del “verdadero” progresismo, un progresismo moral y un progresismo eficiente, respectivamente, que dificultaban la intención de asociarlos al pasado corrupto de los '90 por parte del candidato kirchnerista Bielsa.

Significación de la elección 2007

El triunfo sin precedentes de PRO en la Ciudad de Buenos Aires se debe menos a un vuelco a la derecha del electorado porteño o al predominio político de los sectores altos y medios altos que al éxito que tuvo el macrismo de reconfigurar su identidad política y lograr tres efectos: 1) disputar con éxito la representación de la *renovación política* y expresar la demanda de *proximidad* entre representantes y representados en un distrito que no ha saldado aún la crisis de representación luego de la destitución de Ibarra⁸; 2) disputar con éxito la representación de parte de los sectores populares sobre la base de la popularidad de Macri y su imagen de empresario exitoso y presidente de Boca Juniors⁹; y 3) ampliar la cadena de equivalencias de su discurso y articular algunos motivos de la matriz progresista que hemos caracterizado más arriba¹⁰. En función del interés del presente trabajo, y a falta de un desarrollo más acabado, nos concentraremos en los aspectos centrales de este último punto.

⁸ Algunos ejemplos sobre cómo se recreó esta idea de proximidad son: la publicidad gráfica en donde aparecen los candidatos Macri y Michetti en una foto que asemeja un porta-retratos familiar, la apelación a frases del entorno familiar-coloquial como slogan de campaña (ej. “Va a estar bueno Buenos Aires”) y el reemplazo de los apellidos de los candidatos por sus nombres de pila (Mauricio y Gabriela).

⁹ Varios analistas han tratado de explicar este vínculo construyendo analogías con el caso de Berlusconi en Italia. Fundándose en una mezcla de populismo personalista y liberalismo neoproteccionista, Berlusconi se presentó ante los italianos en 2001 como alguien capaz de ofrecer a Italia una fase de modernización y a cada italiano más oportunidades de ingreso, de vida y de trabajo. Un mensaje sugestivo que se hacía más atrayente porque era propuesto por quien con su propio éxito personal acreditaba la idea de que el “sueño”, el “milagro” estaban al alcance de todos (Fassino: 2006)

¹⁰ De hecho, el macrismo obtuvo, al igual que en 2005 pero con mayor ventaja, una victoria en todas las circunscripciones de la capital. De la misma manera, Macri aparece victorioso en todos los cortes del electorado: de edad, de género y geográficos (en especial en las zonas tradicionalmente progresistas como Caballito y Flores).

En primer lugar, como se adelantó, la principal clave de articulación del discurso macrista con la matriz progresista fue en el lugar asignado al estado. Como se mencionó más arriba, la crisis del ibarrismo luego de Cromañón había permitido al macrismo esbozar una ampliación de los tópicos de seguridad, antes restringidos a las políticas represivas, en términos de las capacidades de control y regulación del estado para garantizar la seguridad ciudadana, asociándolos con el valor de la eficiencia, otro de los puntos articuladores del discurso macrista. A ello, se sumaron, en 2007, la apelación directa a la “Inclusión Social”, la “Salud Pública Gratuita” y la “Educación Pública Gratuita” como ejes de su campaña, lo que desdibujó el perfil de privatista con que se lo había asociado en 2003 y le permitió acceder a parte del electorado centroprogresista.

Pero, sin dudas, el punto central en este sentido fue la relativa sencillez con que, una vez desalojado y deslegitimado el ibarrismo como garante de la neutralidad de lo público, el PRO pudo reemplazarlo como el garante del interés de todos frente al discurso kirchnerista que le asigna una toma de posición al estado en el marco de la conflictividad social. Así, su discurso “pacífico” y “componedor” puede explicarse menos por una actitud oportunista ante la considerable ventaja que le otorgaban las encuestas, que como modo de expresar la vocación de defensa de neutralidad de lo público en un contexto donde además existía un alto nivel de confrontación entre el telermanismo y el kirchnerismo.

Sin duda, resultó crucial para posicionarse en este lugar de defensa de la neutralidad de lo público la construcción de su lugar de oposición republicana (expresada originalmente en su sigla, “Propuesta Republicana”) frente al gobierno nacional, que si bien compartió con la Coalición Cívica en la primera vuelta, pudo hegemonizar en la segunda.

Cabe aquí hacer una breve mención a las raíces de este aspecto republicano con que se decide construir una frontera de oposición al kirchnerismo y su afinidad con algunos de los elementos descriptos como propios de la matriz progresista gestada en los ‘90. Esta matriz, por su visión neutralista del estado y por su posición a favor de la erradicación del conflicto resultó, como dijimos, en varios puntos coherente con algunos aspectos del institucionalismo neoliberal, en especial en relación a las demandas de *seguridad jurídica, reglas claras y transparencia institucional* propias de una visión

administrativa (managerial) de la política cuyo desafío es establecer las condiciones e incentivos adecuados para que “todos” los actores se beneficien¹¹.

Frente a esta matriz, el discurso kirchnerista ha desplegado un liderazgo con rasgos decisionistas que determina un formato centro-periferia para las relaciones políticas que configura. Esto implica, un alto poder de disciplinamiento por la capacidad de “excomulgar” a los detractores que le confiere al portador del liderazgo el monopolio de la legitimidad política, reforzado por el manejo discrecional de los recursos del estado que resultan de la concentración de poderes bajo la esfera del poder ejecutivo y la nula capacidad de control sobre los mismos que ha mostrado la oposición. En este sentido, el caso del ex ministro Beliz fue uno de los primeros y más ilustrativos, a los que siguieron Lavagna y otros.

Queda claro, entonces, cuál es el asidero de las críticas de las fuerzas que se reclaman parte de una tradición republicana a las prácticas kirchneristas y cómo estas críticas suponen un conjunto de presupuestos sobre el rol del estado y la naturaleza de la acción política que son coherentes con la matriz progresista forjada en los '90¹². En ese marco, el macrismo se alineó sobre estas críticas, consolidando su papel como garante de la neutralidad estatal y transparencia institucional.

Balance y conclusiones. Desafíos para la continuidad del kirchnerismo

Tal como afirmáramos desde el comienzo, el propósito de estas reflexiones se dirige a tratar de enmarcar la crisis del discurso progresista como parte de las tensiones que se establecen en la reconfiguración del escenario político en nuestro país como resultado de la emergencia del discurso kirchnerista y su éxito para restablecer la autoridad presidencial luego de la crisis de 2001.

¹¹ Al respecto, comenta Etchemendy: “Partiendo en los '80 de una (necesaria) revalorización de las instituciones se corre el riesgo implícito de aceptar el discurso del institucionalismo neoliberal para el que la política es simplemente un ordenamiento eficiente de incentivos y reglas y no una lucha constante de grupos y clases por el poder” (Etchemendy: 2006, 141)

¹² Así las cosas, las bases de la crítica institucionalista al discurso kirchnerista pueden buscarse en también en la etapa duhaldista. Al respecto, Slipak (2005) afirma respecto de los comentarios de La Nación al discurso duhaldista; “es interesante considerar aquí las respuestas articuladas desde el diario *La Nación* al discurso presidencial. La crisis, para este periódico, no era consecuencia *modelo neoliberal*, como el discurso presidencial establecía, sino que su causa última se encontraba en una clase política corrupta que, mediante sus demandas y apropiaciones, mantenía un Estado insolvente e ineficaz, constantemente signado por el déficit fiscal. Era la vieja dirigencia del país la culpable de no acatar la racionalidad técnica propia de una gestión eficiente, convirtiéndose en la causa última del *caos* coyuntural, tanto en su dimensión social, política o económica. De este modo, el modelo neoliberal era desplazado de todo posible horizonte de cuestionamiento, al ser la *crisis*, en última instancia, un específico problema de gobernabilidad”.

En el escenario de la ciudad de Buenos Aires, episodios como la crisis política generada en torno a la tragedia de Cromañón, mostraron los límites del discurso progresista para dar respuesta a las demandas sociales de recuperación de las capacidades regulatorias del estado en el marco de una fuerte crisis política. Esta limitación, derivada, como se explicó más arriba, de una concepción neutralista del estado próxima a las visiones administrativas de la política propias de las configuraciones discursivas hegemónicas en nuestro país en los '90, permitió la articulación de esas demandas por parte del macrismo a partir de las nociones de eficiencia y seguridad, desprovistas de su anterior sesgo privatista por la incorporación de algunos motivos propios del discurso progresista y por el propio debilitamiento del progresismo como frontera política.

A su vez, la crisis del progresismo también dejó al kirchnerismo sin punto de articulación con el electorado porteño, tradicionalmente contestatario a la autoridad presidencial y reacio a las apelaciones propias de la tradición nacional-popular. En este marco, el kirchnerismo intentó en 2005 y en 2007, sin éxito, asumir algunos aspectos de la matriz progresista. Fue sólo a partir de la politización y el enfrentamiento directo con el macrismo invocando los elementos más característicos de la apelación kirchnerista (la construcción de la alteridad política a partir de su asociación con el pasado neoliberal corrupto, tecnocrático) que logró construir la adhesión de un sector del electorado que le permitió a su candidato pasar a segunda vuelta.

Pero la dura derrota y el deterioro de la autoridad presidencial en la segunda vuelta¹³ marcan a su vez el desgaste del dispositivo de enunciación kirchnerista, fenómeno creciente en los principales centros urbanos. Desgaste que se suma a la dificultad que ha mostrado el kirchnerismo para construir candidatos propios por fuera de los armados locales preexistentes, por el virtual monopolio de la legitimidad de su apelación en la figura de Kirchner, compartido apenas con Cristina Fernández de Kirchner.

La crisis del progresismo, y estas dificultades del kirchnerismo para hacer pie en el escenario porteño sentaron las bases de posibilidad, como vimos, para la estrategia machista de hacerse portador de un conjunto de reivindicaciones y demandas que ampliaron los horizontes de su dispositivo de enunciación original y le permitieron revertir el rechazo que generaba en amplios sectores del electorado de la ciudad y conquistar un importante triunfo.

¹³ Fue notorio el malestar que generó, y que se tradujo en el descenso de la popularidad del presidente y tuvo efecto por lo menos nulo en las intenciones de voto hacia su candidato), la diatriba de Kirchner contra Macri el lunes siguiente a la primera vuelta electoral.

Ahora bien, el triunfo del macrismo en la ciudad de Buenos Aires y la crisis del progresismo también instalan un interrogante sobre el devenir del proceso político en nuestro país, en tanto comienza a delinearse una articulación de las demandas en torno a las capacidades regulatorias del estado sobre los ejes de la *eficiencia*, la *seguridad* y la *transparencia institucional* capaz de confluir con las demandas “republicanas” frente al estilo decisionista del kirchnerismo. La construcción de un dispositivo político de estas características constituye el germen de una posible frontera del un discurso neoinstitucionalista afín a las concepciones tecnocráticas presentes tanto en el discurso neoliberal de los '90 como en el progresismo, frente a la reintroducción de la dimensión nacional-popular y del conflicto en el discurso kirchnerista.

Resta saber, entonces, si el kirchnerismo podrá desarrollar un discurso que logre articular estas demandas, ampliando su dispositivo de enunciación, al mismo tiempo que sostenga la capacidad de reinstalar el conflicto social en el debate público ante el desafío que suponen las neutralizaciones de cuño (neoliberal). Tal parece ser el núcleo de la intervención de la candidata presidencial¹⁴.

Bibliografía

- ❖ Heredia, Mariana (2004). “El proceso como bisagra. Emergencia y consolidación del liberalismo tecnocrático: Fiel, FM y CEMA”, en Pucciarelli A. (Coord.) *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura, Siglo XXI*, Buenos Aires
- ❖ Laclau, Ernesto (2004). *Hegemonía y estrategia socialista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- ❖ Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires
- ❖ Lefort, Claude (1985). “La invención democrática”, en *Revista Opciones*, Santiago de Chile.
- ❖ Lozano, Wilfredo (2005) “La izquierda latinoamericana en el poder: interrogantes sobre un proceso en marcha” en *Revista Nueva Sociedad n° 197*
- ❖ Etchemendy, Sebastián (2006), “Peronismo e izquierda (parte 3), y el problema del institucionalismo vacío”, en *Umbrales del Sur*, N° 1, Buenos Aires, diciembre de 2006-marzo de 2007.
- ❖ Cavarozzi, M. y Abal Medina, J.M. (comps.) (2002) *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Homo Sapiens.
- ❖ Cheresky, I.- Blanquer, J.M. (comp.) (2003), *De la ilusión reformista al descontento ciudadano*, Rosario, Homo Sapiens.

¹⁴ Nos referimos al discurso en su presentación como candidata el 19 de julio en La Plata, en particular a su apelación a la necesidad de “reconstruir el estado constitucional democrático”, asociándolo a la autonomía de las decisiones políticas frente a los intereses económicos.

- ❖ Manin, B. (1993). “Metamorfosis de la representación”, en Mario do Santos (coord.) *¿Qué queda de la representación política?* Caracas, Nueva Sociedad.
- ❖ Mauro, S. (2005). “La campaña electoral por la Jefatura de Gobierno de Buenos Aires: estrategias políticas e inteligibilidad de la agenda”, en *Revista Argentina de Sociología*, N° 4, Buenos Aires, CPS - Miño y Dávila editores.
- ❖ Mauro, S. y Montero, F. (2006) “Dilemas de la recomposición en la escena porteña”, en Cheresky, Isidoro (comp.) *La política después de los partidos*, Buenos Aires, Prometeo.
- ❖ Aboy Carlés, G. (2001) *Las dos fronteras de la democracia argentina*. Rosario: Homo Sapiens.
- ❖ Fassino, Piero (2006) “Razones y perspectivas del reformismo italiano: El partido democrático” en *Umbrales del Sur*, N°1, Buenos Aires.